

Ad Absurdum

HOMO HISTORICUS

Descubre al historiador
que llevas dentro

la esfera  de los libros

Índice

<i>Introducción</i>	9
---------------------------	---

PRIMERA PARTE LO QUE LA HISTORIA SE LLEVÓ (Y LO QUE NOS DEJÓ)

«LO LEÍ EN UN LIBRO»	21
LOS HOMEOHISTORIADORES TAMBIÉN ESCRIBEN LIBROS	33
SI LO DICE HERÓDOTO, SERÁ CIERTO	41
LAS «CUATRO PIEDRAS MAL PUESTAS»	53
«LO HA DICHO LA TELE»	67
Si lo dice Mel Gibson, será mentira	67
El Canal Historia y la conexión Anunnaki	78
TODOS HEMOS HECHO LA MILI	89
LA HISTORIA NO SE HACE SOLA, HAY QUE HACERLA	99
La hora de las recomendaciones	109

SEGUNDA PARTE QUÉ LE HEMOS HECHO A LA HISTORIA

LOS POBRES TAMBIÉN LLORAN	117
El hombre que no pudo reinar	118
Réquiem por un molinero friulano	144
La hora de las recomendaciones	149

<i>TIME AFTER TIME</i>	155
Cualquier tiempo pasado fue anterior	156
La homeohistoria respecto al tiempo	175
La hora de las recomendaciones	180
LAS CROQUETAS DE FELIPE II ESTABAN MÁS BUENAS	183
La nostalgia vende: de <i>Grease</i> a <i>Stranger Things</i> pasando por el Imperio español	184
Homeohistoriadores al poder: el uso político de la idealización	192
La hora de las recomendaciones	201
OCCIDENTE MOLA MÁS QUE TÚ	205
Ser de Bilbao y nacer en Tombuctú	208
¿Y qué será ahora de nosotros sin bárbaros?	216
La hora de las recomendaciones	231
MÍO, TUYO, NUESTRO, ¿DE QUIÉN ES ESTE ANCESTRO?	235
Mira, hijo, eso lo hicimos nosotros	237
¿De dónde sale ese interés por el pasado?	241
El pasado no es lo que tú crees	250
Quita, bicho, este es nuestro pasado	262
La hora de las recomendaciones	270
MEGABELZEBÚ CONTRA CROCOARCÁNGEL: ULTIMATE	
COMBAT 4.0	275
La religión que nos hizo buenos o malos	276
Nuestros héroes, sus bastardos	280
¿Hitler era un hijo de puta?	293
La hora de las recomendaciones	301
<i>Homeohistoriadores eunt domus</i>	305
<i>Agradecimientos</i>	307

Introducción

El Homo historicus pace tranquilamente por los campos de las redes sociales. Fijaos, está leyendo. Millones de años de evolución y dos dedos de frente le permiten distinguir las briznas de tuit impolutas de las corruptas. Mirad, va a darle a «me gusta» a un tuit. Habla de un hallazgo arqueológico en Albacete. El análisis nos dice que no contiene homeohistoria y, por si fuera poco, tiene cero trazas de sensacionalismo. ¡Extraordinario! A lo lejos, sin embargo, aguarda una amenaza para el Homo historicus. Se trata del homeohistoriador, que esparce su almizcle soporífero por el ambiente para confundir a sus víctimas. Mira con recelo al Homo historicus, sabedor de que no es una presa fácil. Dejemos, por el momento, estos prados digitales, ya que no son las redes sociales el hábitat habitual del Homo historicus. Es solo una zona de paso. El Homo historicus suele habitar...

La humanidad se hace muchas preguntas sobre su pasado; por eso existe la historia. Otras especies, hasta donde sabemos, no le dan la misma importancia y por eso no conocemos a ningunos seres, además de los humanos, que tengan su propia historia, es decir, un relato de su pasado. Los humanos no solo somos una especie que narra su pasado, sino que lo registra e incluso lo investiga, escarba para reconstruirlo.

Ese pasado, esa historia que nos contamos, es una herramienta que utilizamos para responder a preguntas que consideramos importantes: qué hemos vivido y qué hemos sido como especie, y, sobre todo, cómo

se ha configurado el mundo en el que vivimos, cómo hemos llegado hasta aquí. Necesitamos respuestas para ubicarnos como individuos y como sociedad, para comprendernos, así que primero nos dimos explicaciones en forma de relatos orales e incluso mitos, luego con la escritura, y más tarde con el desarrollo de la historia como ciencia.

En ese proceso, la historia puso un pie también en el mundo de lo abstracto, de la imaginación, de las historias que nos contamos, y fluyó por esa frontera. Y ese mundo, el de la imaginación, es dominio humano, lo que nos ha convertido en lo que somos, lo que nos ha traído hasta aquí.

Podemos decir entonces que la historia es propia del ser humano, y dado el componente de abstracción, de imaginación, podemos decir incluso que, en parte, la historia nos hace humanos. Porque cuando acudimos a la historia, intentamos descifrarnos a nosotros mismos como especie, como sociedad y como individuos.

Por esa excepcionalidad, por esa preocupación por los tiempos pretéritos, el Homo sapiens es entonces también el Homo historicus.

Y, sin embargo, su relación con la historia no siempre es lo idílica que debiera. El Homo sapiens, o más bien, nosotros, a veces nos acercamos al pasado pensando menos en ese pasado que en nuestro presente, y entonces es cuando empiezan los problemas. Es por eso por lo que el Homo historicus se convierte, más que en una realidad, en un ideal. Se trataría de aquella persona que mira al pasado dejando de lado todos esos prejuicios y errores que solemos cometer, es decir, un ideal a perseguir cuando estudiamos el pasado.

El Homo historicus no existe porque no dejamos de ser humanos falibles y todos terminamos cayendo en errores y distorsiones, pero eso no es excusa para que no mejoremos, para que no aprendamos y superemos obstáculos que antes se nos hacían altos como montañas. Por eso estamos aquí, por eso existe este libro.

Cuando empezamos a prepararlo, nuestro editor y algunas personas cercanas nos preguntaron de qué íbamos a hablar. Nosotros lo teníamos claro: queríamos hablar de la historia. No la de un lugar o época concreta, sino de la historia en sí, pero, sobre todo, de la que circula a pie de calle, lo que denominamos «historia pública», aquella

que aparece fuera del ámbito académico. Queríamos hacer un repaso de cómo es la historia para el Homo sapiens en el día a día, y no solo en lo académico, que es donde los historiadores solemos centrar la mirada. Así, no es este un ensayo denso destinado a historiadores, sino un repaso de la historia que circula de boca en boca, una hoja de ruta para seguir los pasos de ese Homo historicus, un ejemplar más raro y esquivo que el Abominable Hombre de las Nieves, y ver si se encuentra en algún lugar de nuestra sociedad.

Y es que, aunque tiene cierta mala fama como asignatura aburrida en el instituto, la historia impregna nuestro entorno de las maneras más insospechadas, y la podemos encontrar casi en cualquier rincón, en cualquier conversación y, bueno, en todas partes. Sin ir más lejos, el sistema político actual hunde sus raíces en el pensamiento de los siglos XVII, XVIII y XIX, además de en las revoluciones de esas épocas; las tensiones globales entre distintos estados todavía guardan estrecha relación con los conflictos del siglo XX, algunos sin cerrar durante décadas, y estos todavía unen sus hilos con los del siglo XIX; el sistema económico que determina cómo vivimos fermenta entre los siglos XVIII y XIX, y los cambios del XX, las crisis y la beligerancia contra la URSS, y el desenfreno posterior todavía dejan huella en nuestro mundo; los cambios espoleados por la Revolución Industrial y la sociedad de masas quizá no han hecho más que comenzar a transformar el día a día; el ocio de hoy nace de los cambios que trae Internet, que lleva más de dos décadas siendo parte de nuestra vida, y este ha potenciado varios aspectos que ya se veían en la televisión; las fiestas en las que nos divertimos no son sino ecos de los festejos del pasado, filtrados por la batidora de la actualidad; la cocina se fundamenta casi más que ninguna otra cosa en la tradición, en el plato de comida que nos ponía la abuela y en el que le ponía a ella su abuela; pero también los nuevos alimentos tienen que ver con la historia, y si no que se lo digan al kebab, una serie de platos tradicionales que tienen poco que ver con lo que te comes esos sábados por la noche de bajona; y precisamente el *döner* que te comes tiene mucho que ver con los movimientos migratorios de mitad del siglo XX; y es que el que tengamos vecinos de apellidos de otras partes del mundo es viejo como la especie humana, y, oh, sorpresa, está relacionado

con la historia; pero también la manera de vestirnos se relaciona con el pasado, las modas van y vienen, a veces inspiradas precisamente por la historia, y otras huyendo de esta como reacción, pero siempre con esa relación intrínseca con lo pretérito; hasta la necesidad imperiosa de viajar por dos duros está conectada con el desarrollo del turismo, la sociedad de consumo y la globalización.

Tu viaje anual a Vietnam, el conflicto latente entre Pakistán e India, esa nueva serie de *anime* que quieres ver, que Kim Jong-un sea dirigente de Corea del Norte, los problemas de regiones como los Balcanes u Oriente Próximo que periódicamente hacen un cameo en nuestros telediarios y por qué ahora mismo nos estamos comiendo un kebab... Todo está relacionado con la historia.

Nada es inmutable, todo cambia y todo fluye, pero también todo se interrelaciona con nuestro pasado de muchas maneras.

A lo largo de este libro, en lugar de hablarte de todo eso que hemos citado, te vamos a hablar de cómo se accede a ese conocimiento y cuáles son los errores más comunes que cometemos en el proceso. Es decir, no te vamos a hablar de cómo ha llegado el kebab a tus manos, sino de cómo puedes averiguar cómo ha llegado el kebab a tus manos (o si se trata de un sucedáneo y no de un verdadero kebab). Aunque pueda parecer una pirueta compleja, no es sino analizar las herramientas que se utilizan para hacer historia y los errores que cometemos al hacer historia.

En la primera parte del libro, «Lo que la historia se llevó (y lo que nos dejó)», te mostraremos las diversas fuentes de información que utilizamos para aprender sobre el pasado, así como sus limitaciones, truquillos y mentiras. En la segunda parte, «Qué le hemos hecho a la historia», repasaremos lo que debemos evitar cuando pensamos en el pasado.

Así, este libro intentará, en la medida de nuestras posibilidades y limitaciones, explicar por qué la historia a pie de calle es como es. Evidentemente, a la hora de abordar el pasado, hay mejores y peores maneras de proceder, así que vamos a intentar ponerte sobre aviso, ofrecerte una serie de herramientas para afrontar ese duro reto que es pensar el pasado.

Como sabes, la historia no es una ciencia exacta (y ni siquiera las ciencias exactas son ciencias exactas muchas veces, como veremos a lo

largo del libro), pero lo que sí podemos hacer es intentar imitar al Homo historicus. Oh, mira, ha vuelto a aparecer. Como hemos dicho antes, si existiese alguien que consiguiese alcanzar la perfección, que estudiase el pasado con el mayor esmero y sin pisar ninguno de los baches que te vamos a ir mostrando en el libro, ese sería el Homo historicus. Es la persona que ha trascendido al nirvana de la historia, que no comete esos errores tan comunes y nocivos que suelen aparecer cuando se trata la historia.

Sin embargo, en el camino que recorreremos en su busca, nos toparemos también con el homeohistoriador. Él es la otra cara de la moneda, un modelo que es mejor no seguir, ya que el homeohistoriador no duda en pisar todos los charcos sin informarse primero, no duda en cometer todos los errores, no da una y no duda en creer que es el más listo del lugar, nunca está dispuesto a reconsiderar su postura, a considerar que no lo sabe todo.

Mientras que el Homo historicus no duda en dudar, el homeohistoriador no conoce la duda.

En este libro seguiremos los pasos del Homo historicus mientras analizamos cómo se construye la visión que se tiene de la historia en el otro lado, el del homeohistoriador. Insistimos: no estudiaremos la historia en sí (aunque evidentemente ahondaremos mucho en esto también), sino las distintas visiones de la misma, su reconstrucción y los problemas que surgen en el proceso, pero no te preocupes, no va a ser un periplo extremadamente duro. No tendrás que llevar el anillo a Mordor; bastará con acercarlo a Rivendel.

Como decimos, se trata de mejorar, de saber cómo mejorar en nuestra comprensión del pasado. No pretendemos que esos errores se vayan por el sumidero de un día para otro, entre otras cosas porque están muy interiorizados, y nosotros mismos los seguimos cometiendo a diario. Lo que buscamos es que aprendas cómo se hace la historia y cuáles son los vicios más comunes para que sepas detectarlos, y también para que sepas que el pasado no es ese relato monolítico, sin fisuras, al que estamos acostumbrados.

Hecha la presentación, a nosotros siempre nos gusta dar una serie de instrucciones antes de comenzar la lectura. Nuestro estilo es humo-

rístico, nos gusta hacer bromicas y chistecicos de vez en cuando, así que para terminar de aclarar cómo va a ser el libro vamos a dejarte una guía breve:

- Para empezar, a veces te encontrarás *cursivas*, que indican que algo está en un idioma no cristiano, como el chino o el francés (o algún otro inventado).
- También encontrarás frases entrecomilladas (con comillas españolas, las buenas, claro), que pueden ser citas literales o diálogos escritos por nosotros para hacer más amena la lectura. No te estreses, son muy fáciles de diferenciar porque siempre que sea literal te diremos quién lo dice o de dónde sale, y las otras queda claro que son bromas.
- Sin embargo, a veces a lo largo del libro hacemos uso de la ironía y el sarcasmo sin especificarlo de manera clara y concisa, así que confiamos en tu perspicacia.
- Por otra parte, los paréntesis en unas ocasiones serán aclaratorios, pero en otros casos te complicarán la comprensión (y puede que la vida en general).

Dicho esto, empecemos nuestro periplo.

Agarra tu kebab y sigamos los pasos del Homo historicus.

PRIMERA PARTE
LO QUE LA HISTORIA SE LLEVÓ
(Y LO QUE NOS DEJÓ)

En enero de 1538 el emperador informó al mayordomo de Margarita (que él mismo había nombrado) de que «he sabido que algunas veces la duquesa [Margarita] va a caza y queda en ella dos y tres y quatro días», y le ordenó «apartarla desto por la major maña que pudiéredes, y sy algún día quisiere yr a caza sea para bolver en la noche a su casa». Al mes siguiente Carlos aceptó la sugerencia del papa Pablo de que el nieto de este, Octavio Farnesio, se casara con Margarita, celebrándose poco después la ceremonia en la Capilla Sixtina. Una vez más, la unión no salió bien. Octavio, de catorce años, resultó incapaz de consumarla y Margarita se negó a dormir con él. Escribió una grosera carta a su padre quejándose de esta insatisfactoria situación, llevando a Carlos a redactar «la primera carta que os he escrito de mi puño y letra». Tras criticar su lenguaje, «que no debería utilizar ningún cristiano, y menos conmigo, que soy vuestro padre», adoptó el mismo tono pasivo-agresivo que empleaba con otros miembros de la familia: «Hasta ahora no he utilizado la fuerza, ni me gustaría tener que hacerlo. Prefiero advertiros sobre lo que debéis hacer, y espero y confío en que mis advertencias, consejos y llamamientos demuestren ser más beneficiosos que toda la fuerza y las amenazas que otros podrían usar». Concluía con la esperanza de que Dios «os guiará, conducirá e inducirá a hacer todo lo que debáis, así como lo que me debéis a mí y a vos misma como la buena hija que sois; y prometo que siempre encontraréis en mí un buen padre».

G. PARKER, *Carlos V. Una nueva vida del emperador*,
Planeta, Barcelona, 2019

Acabas de leer un fragmento del libro *Carlos V. Una nueva vida del emperador* de Geoffrey Parker, en el que cita palabras de una carta escrita por el famoso emperador Carlos V. ¿Qué nos dice este texto? Bueno, para empezar, que la juventud alocada no es una cosa de nuestros días, solo que antes los jóvenes (de la realeza) se escapaban unos días de más cuando se iban a cazar (guiño, guiño) y hoy en día, bueno... movidas en Botswana y Emiratos Árabes. También nos habla de que los padres sermoneando tampoco son cosa nueva, o incluso del carácter de Carlos, de su religiosidad, además de que este no le daba mucho a la muñeca. Pero también de la situación de la mujer de la familia real (por muy ilegítima que fuera), y de que el trato a los hijos ilegítimos no era frío y lejano (ahí tenemos a Juan de Austria), además de darnos un atisbo del funcionamiento de las relaciones internacionales. ¡Cuántas cosas en tan poco espacio!

Las hemos colocado al principio de esta primera parte del libro porque queremos responder a una pregunta fundamental cuando hablamos de historia: ¿con qué reconstruyen los historiadores el pasado? La respuesta es sencilla: con lo que nos ha dejado la historia. Hay que tener en cuenta que no nos ha llegado toda la información del pasado. Se han destruido murallas, casas, pozos, sistemas de regadío, cartas, novelas, informes de batalla, sinfonías, tratados... ¡por no hablar de todo el registro inmaterial! Pues bien, lo que ha quedado, lo que ha llegado hasta nosotros, son las fuentes. ¿Y qué es una fuente?

Las fuentes son el origen de la historia y, precisamente, uno de los principales focos de problemas a la hora de tratar la historia. Cuando hablamos de historia, una *fuentes* es cualquier vestigio, sea de la naturaleza que sea, que nos permite reconstruir el pasado a través de su análisis e interpretación.

Todo el conocimiento histórico que construyen los historiadores se basa en esas fuentes, que pueden adoptar formas muy distintas. Dado que nadie puede mirar cara a cara al pasado, hemos de acudir a los rastros, las migas que nos ha dejado, que no son sino los restos de las acciones que realizaban las gentes que vivieron antes que nosotros: escribían, tejían, pintaban, esculpían, cocinaban, construían, hablaban, enviaban cartas, publicaban periódicos... Pero es que, además, a pie de

calle las fuentes se diversifican y adoptan formas de lo más variopintas: series de televisión, películas, videojuegos, novelas históricas, cómics, «un profesor que yo tuve», «mi primo, que ha escrito un libro», el Canal «Historia» (no, las comillas no son un error)... Todo lo que nos estimule y nos envíe información acerca del pasado, sea o no riguroso, es una fuente para construir nuestra visión sobre la historia.

¡Cuidado! Para un segundo, acabas de tropezar con un pilar fundamental de este libro: cómo construimos nuestra visión de la historia. No la historia en sí, sino nuestra visión de la misma. Pero no adelantemos acontecimientos, sigamos con las fuentes.

Los historiadores distinguen dos tipos de fuentes: primarias y secundarias (hay quien incluso distingue un tercer tipo, pero nos quedaremos con lo básico).

Las *fuentes primarias* son las originales de la época que se investiga, materiales que se generaron en ese mismo periodo que es objeto de estudio: restos arqueológicos, memorias, cartas, censos, leyes, etc. Por su parte, las *fuentes secundarias* son las elaboradas con posterioridad al periodo objeto de estudio, y normalmente han sido confeccionadas por un historiador (también se las denomina fuentes historiográficas): manuales, artículos científicos, gráficas, biografías, etc.

Hasta aquí todo bien. Eso son las fuentes, pero ahora vamos con la reconstrucción de la historia y los problemas que surgen en el proceso, que al fin y al cabo es de lo que va este libro.

A veces, los problemas los encontramos en la fuente en sí, pues esta puede no ser fiable, pero en la mayoría de casos el problema se halla en la interpretación que hacemos de esa fuente o el valor que le otorgamos. Es decir, la mayoría de las veces el problema no es tanto la fuente como nosotros mismos.

Por eso en esta primera parte no nos queda más remedio que hacer un ejercicio de autocrítica personal y colectiva. Mencionaremos errores que todos cometemos, pues, por mucho que nos cueste reconocerlo, todos y cada uno de nosotros caemos en estas cosas mucho más a menudo de lo que creemos. Se trata de una serie de capítulos en los que haremos continuas referencias a la psicología, pero no temas, no vamos a descubrirete traumitas ocultos ni vamos a interpretar esos

sueños en los que te caes o en los que se te caen los dientes, tan solo vamos a indagar en los errores que todos cometemos a la hora de documentarnos acerca de acontecimientos, personajes y procesos históricos. Así que abre tu mente, despréndete de tu orgullo y adentrémonos en lo más oscuro de nuestra psique.

PD: eso sí, lo del sueño recurrente con tu primo/a háztelo mirar.

«LO LEÍ EN UN LIBRO»

Aunque, como hemos visto, existe una enorme variedad de fuentes que van de lo material a lo oral, el trabajo del historiador siempre se relaciona con las fuentes escritas: leyes, memorias, actas, tratados, crónicas, artículos de prensa, cartas, registros parroquiales, etc. Por el momento, nos vamos a centrar en este tipo de fuentes y en sus autores. Y es que, a fin de cuentas, la mayor parte de lo que sabemos y opinamos acerca de casi cualquier periodo, personaje o acontecimiento histórico lo conocemos a través de textos que hemos leído.

Dentro de las fuentes escritas, comenzaremos por las fuentes secundarias, ya que la mayoría, cuando leemos sobre historia, lo hacemos en ensayos, libros de divulgación, artículos, etc.

Lo primero que debemos asumir con respecto a la historia es que se trata de algo tremendamente complejo, nunca podremos abarcar todos los aspectos de un periodo, de un proceso histórico o de la vida de un personaje. Y esto no es así porque lo digamos nosotros, es una cuestión lógica: ¿cómo metes en un libro de 300 páginas, por ejemplo, quinientos años de historia con todas sus variables (cuestiones económicas, políticas, sociales, religiosas, artísticas, culturales, etc.)? Ian Morris inicia su libro *Cazadores, campesinos y carbón* con una disculpa por hacer un libro que peca de reduccionismo. Pero ¿cómo no hacerlo? Él mismo reflexiona al respecto en unas cuantas líneas en las que pone el ejemplo de la biografía de Winston Churchill escrita por Martin Gilbert. Hablamos de ocho pedazos de volúmenes, cada uno de los cuales

tiene varios cientos de páginas hasta sumar miles. Pero, por muchos miles de páginas que tenga, ¿cómo se plasman todos los aspectos de la vida de una persona en esos miles de páginas? Siempre se quedará corto. Así pues, un libro de historia siempre será reduccionista.

Además, buena parte de lo que abordemos estará sujeto a interpretación. Por eso, cuando en el transcurso de una conversación, o mientras argumentamos, basamos nuestras opiniones en «un libro», esto no puede ser tan literal, no podemos basar todas nuestras ideas sobre un periodo o un acontecimiento en un único libro, pues al final no estaremos opinando sino reproduciendo lo que otro ha dicho. Existe un secreto, un truco que no mucha gente pone en práctica para evitar caer en este error, y consiste en que si no se tienen los datos suficientes, si no has hecho las lecturas suficientes, te puedes callar. Alguno vendrá y preguntará cuántas son suficientes, y la respuesta no satisfará a nadie porque... depende. Depende del tema en cuestión, que puede ser más o menos complejo, por eso no podemos entrar a valorarlo aquí.

Pero muchas veces el problema no somos nosotros, es el otro. Seguro que tú no lo haces, no opinas sin saber, siempre pones el intermitente y no tiras el aceite por el fregadero, pero en algún momento habrás dado con una persona que rebate lo que dices basándose en lo que leyó en un libro. No importa que tú hayas leído treinta libros y cien artículos científicos sobre un asunto concreto, esa persona sabe más que tú sobre ese tema porque se ha leído ese único libro.

Suele ser habitual que esa persona, a quien podemos declarar ya como homeohistoriador de nivel básico, después de disertar largo y tendido sobre un asunto, cierre su discurso aludiendo a dicho libro y comente «a ver si te lo dejo algún día», como para darle más verosimilitud, como si la existencia del libro diera más valor al argumento. Pero no suele recordar el autor ni el título del libro (podría ser *Téo va al circo romano*), y siempre es uno que «tiene por ahí». No obstante, en el caso utópico de que finalmente esa lectura llegase a ti y consigues terminarla, añadiéndola así a tus treinta libros y cien artículos científicos, nunca alcanzarías el grado de sapiencia sobre el asunto de marras que posee ese sujeto. Y es que ese único libro no es su única fuente de

sabiduría, pues de forma natural (quizá sobrenatural) está dotado de una inteligencia superior, y las lecturas no hacen sino reafirmar lo que ya sabe. Porque seamos sinceros: el primer error que todos cometemos es que en la mayoría de casos leemos para confirmar una idea preconcebida, o leemos para buscar argumentos que reafirmen nuestra propia teoría. Más tarde volveremos sobre este punto.

Un problema añadido es que, aunque todos entendemos la diferencia entre una novela y una monografía, un ensayo o un libro de divulgación, las obras de ficción tienen un enorme poder a la hora de construir imágenes e ideas sobre el pasado, y de forma más o menos consciente acabamos asimilando esas ideas e incorporando novelas históricas a la bibliografía de nuestro conocimiento sobre el pasado.

HAZTE EL HOMO HISTORICUS

Según la Biblioteca Nacional de España, la primera novela histórica de la historia (valga la redundancia) fue *Waverley*, una obra del escritor escocés Walter Scott publicada en 1814.

La novela contaba el viaje de Waverley, un soldado durante los sucesos de la rebelión jacobita de 1745. Esta rebelión buscaba sentar en el trono británico a Carlos Eduardo Estuardo, conocido como Bonnie Prince Charlie, y así restaurar a la dinastía de los Estuardo. ¿Ves? Y ahora Diana Galaldon petándolo otra vez con escoceses y jacobitas.

Hay personas que incluso van un pasito más allá y confían ciegamente en el autor y su formación histórica, y se consideran a sí mismas perfectamente capaces de discernir realidad de ficción. Por tanto, será bastante común encontrar a personas que se consideran especialistas en historia moderna de España tras leer una novela de Pérez-Reverte (a veces incluso se especializan aún más en armas y uniformes de los tercios de Flandes, por ejemplo); haber leído *Los pilares de la Tierra* les capacita para dar clases de arquitectura medieval; y haber leído a Dan Brown es equivalente a defender una tesis sobre codicología y herál-

dica. Y ojo, no es un ataque a estos autores, pues probablemente ellos no tengan en tanta estima sus propios conocimientos como algunos de sus lectores.

Un ejemplo reciente de esto que decimos es el continuo debate sobre la Roma antigua en redes sociales promovido por las novelas de Santiago Posteguillo y sus lectores. De cuando en cuando se producen auténticos combates dialécticos entre los usuarios más puristas, que consideran que Posteguillo provoca una enorme distorsión de la realidad histórica, y aquellos fieles lectores más puestas que confían en la formación y documentación del autor.

En general, el uso de la novela histórica como fuente de documentación está desaconsejado en la mayoría de casos, pero claro que existen novelas muy rigurosas. Para poder discernir cuál es cuál y emplearlas como fuente, debemos ser capaces de conocer al autor, su contexto, la recepción de su obra, las fuentes que ha empleado, la intención que pueda tener... hay que hacer una auténtica labor de investigación, y si no estás dispuesto a hacerla, entonces no cites esa obra como fuente.

Ahora supongamos que nuestras lecturas son ensayos y libros de divulgación escritos por personas de cierto prestigio. ¿Cuáles son los problemas que pueden conllevar? En principio, ninguno, siempre y cuando no se abuse de ellos.

Todos tenemos autores preferidos, autores a cuyas palabras otorgamos mucho más valor por su formación, por su trayectoria, o incluso por un vínculo sentimental. El problema es que a menudo nos aferramos a ese autor, siendo el único que seguimos y convirtiendo sus palabras en dogma. No es que estos autores sean malos, a menudo son grandes historiadores como Antony Beevor, Mary Beard o Max Hastings, el problema es que convertimos sus tesis y argumentos en excluyentes. Nadie sabe más que ese escritor sobre el asunto en cuestión, y cualquier contradicción será rechazada inmediatamente con argumentos de peso como: «Vas a saber tú más que tal señor, que ha vendido cientos de miles de libros». En este caso, el número de libros vendidos es proporcional al rigor histórico, así que solo nos queda rezar para que ni Belén Esteban ni El Rubius decidan hacer sus pinitos con la historia.

Esto nos obliga a introducir un concepto: las archiconocidas falacias. Y es que a menudo, en nuestro día a día, a la hora de argumentar, de opinar, de escuchar o leer, cometemos errores de bulto que nos pasan totalmente desapercibidos. Pero ¿qué es una falacia?

(Disculpen esta interrupción, pero existen lectores afectados por planes de estudios abyectos que necesitan ciertas aclaraciones. Nosotros los primeros).

Una *falacia* se produce cuando se construyen argumentos de una forma aparentemente lógica pero que en realidad son erróneos o manipulados. La mayor parte de ellos adoptan la forma *non sequitur*, o lo que es lo mismo, $A \Rightarrow C, A \vdash C$ (¡Ah! Claro, haber empezado por ahí). Lo que queremos decir con estos palabros y fórmulas es que no existe una relación de causa-efecto entre las premisas del argumento que defienden y la conclusión a la que llegan. Por ejemplo: muchos futbolistas son ricos, luego si juego al fútbol seré rico. O en historia: Mussolini era periodista y fue el líder del régimen fascista italiano, así que los periodistas italianos eran fascistas.

Como dijimos en la introducción, no pretendemos aquí conseguir que todo el mundo deje de cometer estos errores, nosotros somos los primeros que incurrimos en ellos. Cualquiera de nosotros puede llegar a convertirse en un maestro de la falacia en un momento dado, y oye, si tú quieres ir por ahí, pues estupendo, pero aquí no estamos a esas. Aquí lo que nos interesa es aprender a reconocer esas formas erróneas de argumentación y los problemas que se derivan de ellas para evitarlas y combatirlas tanto al leer nuestras fuentes de información como al construir nuestros argumentos, pues, como dijo el Nobel de Física Richard Feynman: «El primer principio es que no debes engañarte a ti mismo y tú eres la persona más fácil de engañar».

Hecha esta larguísima interrupción, debemos comprender que incurrimos en falacias cuando abusamos de un autor y damos a sus palabras un barniz de rigurosidad y verosimilitud por encima de lo normal. Y eso nos obliga a hablar del uso y abuso de las citas de autores.

Quizá te estés planteando que los historiadores somos los menos adecuados para quejarnos de que una persona aluda a lo que ha dicho otra. Y tienes razón. Evidentemente, la historia se basa en parte en eso:

buena parte del trabajo del historiador consiste en citar lo que otros han dicho antes que él. Y esto no tiene por qué estar mal, de hecho es absolutamente necesario. Ahora bien, no se puede citar por citar, ni mucho menos citar sin corroborar. La historia, como disciplina de conocimiento, no consiste en repetir lo que otros han dicho, sino en establecer un diálogo con ellos y mantener abierto un debate.

A pie de calle, sin embargo, el asunto toma otro cariz. Encontraremos dos tipos de citas: la primera, la que ya hemos dicho, citas de autores que hablan del pasado; y la segunda, las citas de personajes históricos, las malditas *frases célebres*.

Para el Homo historicus, ambos tipos de citas son cosas bien distintas, pero la mayoría de los mortales empleamos en nuestro día a día ambas de formas similares y con intenciones más o menos parecidas: dar más peso a una idea en función de quién la ha dicho. Y esto es un problema, sobre todo si se abusa, ya que la celebridad de una persona no implica que tenga razón. Para empezar, es posible que una persona se equivoque, para continuar, puede ser que esa persona, por muy importante que sea o haya sido, no tenga ni pajolera idea de lo que está hablando, y para terminar, incluso aunque fuera una persona versada en esas lides, puede que el conocimiento haya avanzado desde el momento en que dijo lo que dijo (y, esto, ojo, suele ser muy habitual).

Vamos a ponernos un poco técnicos: cuando hablamos de personalidades que no guardan relación con el objeto de discusión, los especialistas se refieren a ellos como *autoridades irrelevantes*. A veces son personas concretas, como por ejemplo si preguntas a Chuck Norris qué opina sobre la macroeconomía china (que perfectamente le puede afectar, pero...), pero otras veces son grupos difuminados, indefinidos: «Profesores británicos afirman que...», «nueve de cada diez dentistas recomiendan...», o «los especialistas» al principio de este mismo párrafo.

Esto ocurre porque volcamos sobre esas personalidades unas características y virtudes que los hacen especialmente fiables. Pero es que, además, muchas veces pasamos por alto si existe o no una relación entre el objeto de discusión y la persona en cuestión. Unos párrafos atrás, por ejemplo, citamos una frase de Richard Feynman y apostillamos «el Nobel de Física». Haciendo eso tratábamos de dar más valor a

la frase y, probablemente, de forma más o menos consciente, tú la has valorado mejor al venir de un premiado con el Nobel.

¿Dónde está el problema? En que Feynman era físico y su frase alude a una cuestión psicológica. Ser una eminencia en física no lo convierte en una eminencia en psicología. De igual manera, continuamente vemos cómo periódicos, radios o televisiones interrogan a escritores, científicos o músicos de renombre acerca de, por ejemplo, cuestiones políticas de corte muy técnico (por ejemplo, es más fácil encontrar a Loquillo hablando de impuestos en *La Sexta Noche* que cantando sobre un escenario). Un cantante puede estar a favor o en contra de los transgénicos, una juez se puede posicionar sobre el aborto, un futbolista manifestarse acerca de la homeopatía o el fontanero negar la fuerza de la gravedad, y sus opiniones no tienen más valor que las de cualquier otra persona.

Así, nos encontramos de golpe a gente que, sin comerlo ni beberlo, se convierte en un referente para conspiranoicos y homeohistoriadores porque metió la pata en alguna entrevista al hablar de algo de lo que no tenían ni la menor idea. Es el caso de Lola Índigo. La cantante española se convirtió en tendencia al afirmar en una entrevista que «nadie puede demostrar si los extraterrestres construyeron o no las pirámides». Jaque mate.

Pese a todo lo dicho, tenemos que aclarar que hay gente con dos dedos de frente que evita caer en la tentación de opinar absolutamente de todo por muy popular que sea. Es el caso de Brad Pitt, que dijo en una ocasión: «No deberías hablar a no ser que sepas de algo. Por eso a veces me incomodan las entrevistas. Me preguntan qué tendría que hacer China con Tíbet. Pero ¿a quién le importa lo que yo diga sobre ello? Soy un puñetero actor, estoy aquí para entretener. Básicamente, si quitas todo lo demás, soy un hombre mayor que se maquilla». Desafortunadamente, no todo el mundo piensa igual, y muchos con la fama se cuelgan la etiqueta de intelectuales y se creen con derecho a opinar sobre cualquier cosa.

Ahora bien, ¿y si quien habla es experto en la materia? ¿Acaso no puede él también equivocarse? Pues lo cierto es que los especialistas también se equivocan: Linus Pauling era a mediados de los años cin-